



SEMANARIO ILUSTRADO

DIRECTOR
Eduardo Sánchez de Castilla

ADMINISTRACIÓN
CLAUDIO COELLO, 21

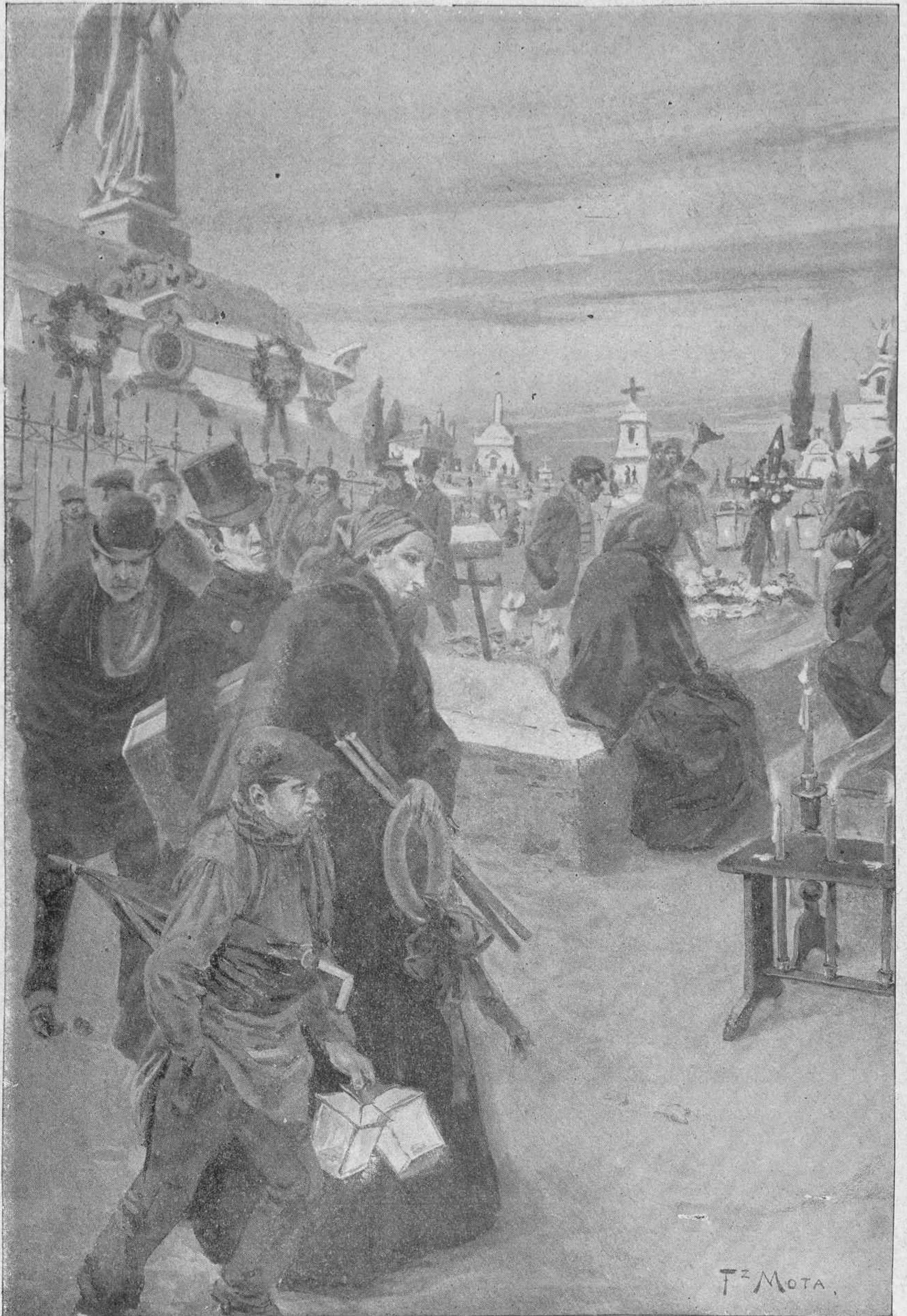
DIRECTOR ARTÍSTICO
FÉLIX DE LA TORRE

ESCENAS POPULARES



LA CASTAÑERA, DIBUJO DE E. BARRUSO.

EL DÍA DE DIFUNTOS EN MADRID



EN EL CEMENTERIO DE NUESTRA SEÑORA DE LA ALMUDENA, DIBUJO DE MOTA.



COMENTARIOS

Con motivo de haberse celebrado en la semana última la Conmemoración de los Difuntos, todos los plumíferos, cuál más, cuál menos, hemos sacado del cajón correspondiente los tópicos funerarios, jugando sacrilegamente con los muertos, engalanándolos con retóricas descoloridas sacadas de *The Funeral* ó de cualquier otro almacén.

Verdaderamente, si para algo puede servir la retórica vieja, es para este oficio de engalanar difuntos. Cuanto más triunfa y se impone la sencillez en el arreo y ropaje de los vivos, más aumentan el lujo y el aparato en el atavío de los muertos; y la retórica, en el sentido que actualmente se da á esta palabra, es cosa ornamental y decorativa que á todo lo muerto cae bien.

Sería cosa de pensar en suprimir esta fiesta anual que se dedica á los difuntos, y tributarles el culto continuamente y sin aparato previsto ni á fecha fija: mas para ello ocurre en seguida un inconveniente de importancia, cual es el de que las cuatro quintas partes de los vivos no se acordarian de los muertos si no se lo avisasen el calendario y el chirriar del aceite frito en las buñolerías.



Mucha gente ilustre ha muerto este año: confieso que empecé á formar una lista para incluirla en esta crónica y renuncié á ello, porque los nombres de los muertos notables hubieran llenado las dos planas.

No ya dos planas, pero todo el periódico llenarian nombres de gente ilustre, si en esta denominación comprendiéramos, como es de justicia, á los miles y miles de ciudadanos virtuosos y valientes que en una y otra guerra han perecido. Sea para ellos nuestro más amante y respetuoso recuerdo; sean para su memoria la gratitud y las oraciones de los vivos, por quien ellos noblemente sacrificaron la vida, sin quejarse ni protestar, cumpliendo un deber del que tal vez hasta el fiero trance del morir no tuvieron idea muy clara. Pero bueno será también no contentarse con llorar tantas muertes y con rezar por el alma de las víctimas, sino que cada cual procure, como pueda, ver terminada cuanto antes la espantosa lista de muertos de la guerra, martirologio moderno cuya última palabra debe escribirse muy pronto. Por supuesto, siempre que para escribir esa palabra no sea preciso transigir con el deshonor nacional; siempre que no resulte inútil el mar de sangre que ya se ha vertido, porque nada sería más horrible para la conciencia del país que ver levantarse las sombras de los muertos por él, preguntándole:—¿Por quién y para qué hemos perecido nosotros, si nuestro sacrificio había de ser estéril? A no ser que si alguien dispone estas cosas crea, como Barère, ó como quien lo dijo, que *los muertos no vuelven jamás*.



¡Lástima de trabajo que se ha tomado el ingenioso y agudo escritor D. Jacinto Benavente para traducir la peor obra de Molière! Cuanto podía decirse respecto del *Don Juan* afrancesado lo había dicho de un modo magistral, en su estudio acerca del carácter de D. Juan Tenorio, el Sr. Pi y Margall. *A posteriori*, pero con mucha gracia, ha venido á decir lo mismo D. Ricardo de la Vega, cuyos versos copiaré para obsequiar á los lectores y por hallarme del todo conforme con el dictamen del popular sainetero:

.....
 Y ahora que hablamos de Don Juan Tenorio,
 he visto en la Princesa el drama nuevo
 del insigne Molière, que, si no es malo,
 tampoco puede reputarse bueno.

.....
 La versión de Jacinto Benavente
 es un primor de estilo y de concepto;
 pero el público se halla acostumbrado
 á los brillantes y sonoros versos
 de nuestro gran Zorrilla; á las escenas
 del sofá, de la calle y del convento;

.....
 á ver matar á Ulloa y á Mejía,
 y á reirse de Ciuti por el miedo;
 á gozar con la bruja, y desearla
 que vaya de patitas al infierno;
 y, por último, á ver cómo Tenorio
 se va con doña Inés derecho al cielo.

.....
 Pues si esto es lo que al público le gusta,
 y en el nuevo *Don Juan* no hay nada de esto,
 ¿cómo queréis que vaya? Es imposible.
 Los literatos sí que deben verlo,
 y todas las personas de buen gusto
 que distinguen lo malo de lo bueno.....



Como contraste con el hecho de estrenarse en España una obra puramente española, mal traducida al francés por un gran dramaturgo... , equivocado en aquella ocasión, diré que, según me comunica mi amigo el distinguidísimo literato francés y notable hispanófilo Mr. Leo Rouanet, es muy probable que este invierno se estrene en París el auténtico *Don Juan Tenorio*, es decir, *El Burlador de Sevilla*, de nuestro inmortal padre maestro fray Gabriel Téllez; lo

cual, si se verifica, será una severísima lección para los literatos españoles, y entre ellos para el aplaudido escritor que ha empleado en traducir el insípido é incoloro *Don Juan*, de Molière, tiempo é ingenio que de manera infinitamente más provechosa pudiera haber gastado en arreglar á la escena moderna *El Burlador de Sevilla*, padre, origen y arquetipo de todos los posteriores Don Juanes. ¿Por qué no acomete el Sr. Benavente empresa de tan seguro éxito? El público todo se lo agradecería, y no es el Sr. Benavente de los que ignoran cómo sabe agradecer el público á quien bien le sirve.

Con motivo de la huelga de los panaderos, terminada felizmente por ahora, se ha hecho una estadística, todo lo exacta que es posible, de la cantidad de pan consumida en Madrid á diario.

La cifra es desconsoladora: sólo ciento veinticinco mil kilos de pan para cerca de seiscientos mil almas. Es decir, que, aun descontando las criaturas de pecho, apenas le toca media libra de pan á cada ciudadano.

Y si llega á hacerse la estadística de la carne consumida, la proporción causará todavía más tristeza.

Yo declaro no entender una palabra del *problema obrero*, que hoy preocupa á tantos pensadores y origina la publicación de tantas soflamas de todo género; pero diga lo que guste el laureado dramaturgo Sr. Dicenta, considero mucho más urgente ver de aumentar algo ese cuarto de kilo escaso de pan con que medio disimulan el hambre quinientos mil

madrileños, que procurar á los apreciables dependientes de ultramarinos la expansión de la salida dominical que hoy no gozan.

Esto último podría arreglarse por la buena mediante convenio entre patronos y dependientes, como sucede en las peluquerías, en los cafés y en otros establecimientos que no se cierran nunca. *Lo otro*, lo del cuarto de kilo, ya es más difícil de arreglar, y á arreglarlo deben tender los esfuerzos de los interesados en el problema dicho.

Porque nadie, ni socialista ni individualista, negará que media libra de *pan nuestro de cada día* es, sin duda, bastante menos de lo que pide un cristiano á Dios y á los hombres.



BUSTO ANTE-ROMANO ENCONTRADO EN LAS CERCANÍAS DE ELCHE.

Según noticias, ya es un hecho consumado, y, por mucho que nos avergüence, será preciso confesarle y sacar de él la enseñanza que se pueda: el precioso busto ante-romano descubierto en la Alcedia, cerca de Elche, y del cual ha hablado tanto la prensa de España y del Extranjero, figura ya en un Museo de París, sin que nadie en España haya hecho gestión oficial para reclamar lo que á España moralmente pertenece, aunque por la deficiencia de nuestra legislación no sea cosa indudable y positiva tal pertenencia.

El ya famoso busto de Elche es una de las poquísimas muestras que hasta ahora se conocen del arte primitivo de los españoles, dado que en esa obra se encuentran rasgos y caracteres muy marcados de la influencia helénica, pero también del arte egipcio, del asirio y del fenicio, ó, mejor todavía, del cartaginés; pero en el modo como esos caracteres se hallan combinados, adaptados y fundidos hay algo que ya no pertenece en concreto á ninguna otra nación que la nuestra.

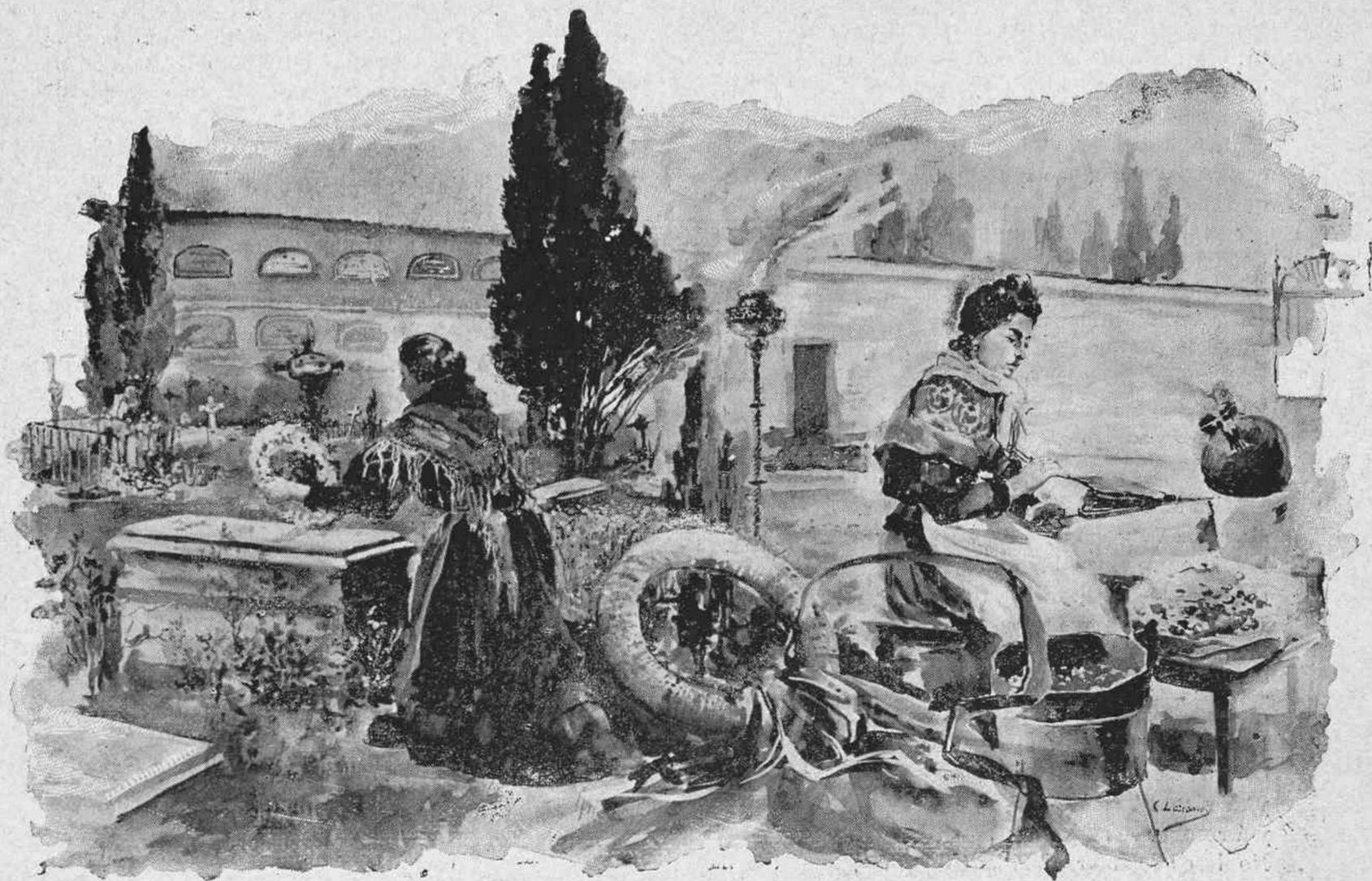
Además, el semblante de la joven representada en el busto está modelado con una verdad, con un realismo que es propio y exclusivamente español, notándose hasta el pormenor de que en ese rostro, como en casi todos los retratos de Velázquez, de Van Dyck y de los mejores retratistas, un ojo es más grande que el otro, y es un poco asimétrico, como no lo hubiera hecho nunca un artista griego, ni menos un alejandrino.

Por mi parte, estoy particularmente indignado contra quien ha enviado tan valiosa joya al Extranjero. Hasta mal negocio ha hecho, de lo cual me alegro en el alma, porque el precio que le han dado podía sacarlo en bien poco tiempo solamente con ofrecer la estatua á cualquier español de gusto y de dinero (que todavía quedan), y con reservarse el derecho de sacar vaciados de ella, que se venderían á centenares.

Eso es lo que tienen las acciones mal hechas: que ni siquiera se les saca el provecho justo y natural.

Y dicho esto, me marchó con mi indignación á otra parte.

F. NAVARRO y LEDESMA.



ALEGORÍA DEL 1.º DE NOVIEMBRE, POR LEZCANO.

ALMAS Y LUCES

En lo interior de trasluciente vaso,
por su difunto esposo, la Condesa
echa una *mariposa*, suspendida
en flotante triángulo; la tersa
mano en que corren bajo el fino nácar
como azuladas víboras las venas,
alarga con un fósforo encendido
del rico vaso al interior; se incendia
la mariposa errante, y sacudida,
dentro del muro alabastrino tiembla.

Á su reflejo fúnebre, los largos
cortinajes tejidos de oro y seda,
los armarios de luna, las alfombras,
las cornucopias, las radiantes telas,
con el juego de sombras y de luces
de la llama epiléptica, se pueblan
de repentinos trazos, que simulan
esqueletos en danza cadavérica.
Como una ojera de la luz, el nimbo
de la amarilla llama se refleja
en la estancia lujosa. De las torres
los graves instrumentos se lamentan
con roncos dobles que parecen frases
de infinito dolor. Es la hora negra
en que á fundirse en las medrosas luces

con que el recuerdo los hogares llena,
vienen las almas, y á pasar la noche
junto á nosotros, mudas y siniestras.

Para ver un instante á los que viven,
Infierno y Gloria en torbellinos dejan,
y su país buscando cada espíritu,
los círculos recorre de la tierra,
hasta dar con la casa bendecida
en que su madre silenciosa reza,
echa el aceite en el piado vaso
y enciende, al fin, la mariposa trémula.
Á su luz, el espíritu que aguarda
vuela á fundirse, y palpitando en ella,
hasta que el alba por los cielos brilla,
ve de su antiguo hogar seres y escenas.
El mundo en estas horas enlutadas
parece todo una bandada inmensa
de almas paradas sobre tantas luces
cual hay en noche de verano estrellas.

¿Á qué volvéis al mundo, almas errantes?
¿Á mirar de los hombres la tragedia,
á oír sus gritos de dolor, y verlos
despedazarse como torvas fieras?



De aquel hogar entre los fríos muros,
tú, espíritu, que mudo reverberas
en la luz que encendiéronte afligidos
tus amorosos hijos en tu ausencia,
contempla el cuadro tétrico de angustia,
contempla el cuadro lúgubre de pena
que envuelve á los que tú tanto quisiste
y que criaste con ternura inmensa,
dándoles por calor besos del alma,
dándoles á beber tus propias venas.
La miseria los tiene maniatados
en ese hogar que con amor les dieras,
y el hambre los retiene con mordaza
y los ata al martirio con cadenas.



Mira también desde tu luz medrosa
alma, en su lecho de dolor enferma,
la hija entre cuyos brazos expiraste
al alzar tus dos alas de la tierra.
Disipóse en sus manos tu fortuna,
giró en torno á su cuerpo la pobreza,
y se fué marchitando aquella frente
que era la luna de tus noches negras.
Igual que una azucena, en la almohada
hoy pálida se inclina su cabeza,
y tú vienes á verla en su agonía
y á recoger sus lágrimas postreras.
No llores de dolor, alma invisible,
sobre la llama en que palpitas presa,
pues matarías con tu propio llanto
la única luz de la terrible escena.



Tú que al hogar retornas de tu padre,
¡oh espíritu de virgen!, arde y tiembla
viendo su noble pecho deshonorado
por meretriz que relevó tu ausencia.
La atmósfera ideal de fe y ternura
que blanda derramaba tu pureza,
se ha vuelto en torno asfixiador ambiente
que envenena la sangre y la caldea.
Puras como las canas de tu padre
en su frente vertías tus ideas,
y la alumbrabas con la luz de luna
de tu mente dulcísima y serena.
Hoy por su frente la pasión resbala



igual que por un tronco las abejas,
y todas clavan su aguijón zumbando
en su loca y satánica cabeza.



Tú, noble Conde, espíritu terrible
que en la luz que encendiera la Condesa,
dentro del muro alabastrino flotas
y restallando su interior golpeas:
tu profanado tálamo divisa
y mira en su almohada dos cabezas
juntas, como palomas en el nido
que al blando arrullo del amor se besan.
De la mesa en el mármol cincelado
dentro del seno trasparente, elevas
para el idilio ver, tu roja llama,
que más roja la vuelve la vergüenza.
Rozando el agua donde nadas, gritas,
y tu grito estremece sus conciencias,
y se cubren la faz con los cendales
para no percibir tus anatemas.
—¿Oyes la luz? Su grito me horroriza—
dice con voz de miedo la Condesa;—
más que el crujir de lámpara que muere,
parece el són de un alma que se queja.
—Las almas no retornan á este mundo—
le responde su amante con vehemencia;—
no pienses en fantasmas imposibles,
cierra los ojos y en mis brazos sueña.—
Y la luz en su cárcel encerrada
otro alarido dió, grito de fiera,
porraceando el trasluciente muro
con ira loca y con extraña fuerza.
—¡Apágala, por Dios!—ella murmura,
bañado el rostro en palidez de muerta;—
es mi esposo que llama; en mis oídos
su voz, que enciende la venganza, truena.—
Lió el cuerpo á su amante temblorosa,
y él, sacando del lecho la cabeza,
de un frío soplo, cual con un cuchillo,
mató la luz, que sollozó tremenda.



El alba, á poco, derramó indecisa
sus palideces por la azul esfera,
y vió en el fondo del brillante vaso,
debajo de la luz, gotas sangrientas....

SALVADOR RUEDA.

EN EL DÍA DE DIFUNTOS



DOLOR DEL ALMA, DIBUJO DE BENEDITO.

Las Campanas

Hay en el campanario
cuatro ventanas,
y en ella suspendidas
cuatro campanas.
Con voz aguda á veces,
y á veces grave,
cosas hablan que el labio
decir no sabe.
Pero si atento escucho,
bien pronto advierto
que unas tocan á gloria
y otras á muerto.

Dicen las dos menores:
«¡Cantad victoria!
¡Hoy el alma de un niño
vuelve á la gloria!»
Dicen las dos mayores:
«Hoy muda y grave,
vuela un alma afligida.....
¿dónde? ¡Quién sabe!»
Y así alternando tocan,
en turno incierto,
unas veces á gloria
y otras á muerto.

Yo sé que por las tardes,
por las mañanas.....
¡siempre!..... he de oír las voces
de las campanas.
Mas ¿quién sabe en su turno,
siendo tan vario,
qué tocarán los bronce
del campanario?
Yo, por más que medito,
jamás acierto
cuándo ha de ser á gloria
ni cuándo á muerto.

¡Qué importa! En los espacios,
desvanecido,
su clamor siempre es eco
de algún gemido,
recordando en que para
la humana escoria,
siempre al mundo repiten
la misma historia.
Y ya alegres, ya tristes,
ello es lo cierto
¡que, aunque toquen á gloria,
tocan á muerto!

FEDERICO BALART.

F. Alberti

ECOS DE NOVIEMBRE

—¿Qué os pasa, señor?

—Estoy desesperado, Ciuti; tan desesperado, que he tenido intenciones de montar una pistola y levantarme el cráneo.

—Pero ¿es posible, señor, cuando á las nueve os espera doña Ana de Pantoja «en esta calle», y á las diez aguarda D.^a Inés en el convento? ¿Pensar en mataros vos, que nunca fuisteis rechazado ni vencido, para quien no hay reja que no se abra ni corazón que no se rinda?

—Tu cariño ciego hacia mi persona te ofusca, querido Ciuti. Yo no he triunfado de nadie ni de nada.

—Pero, señor, por el ánimo de mi madre

que no hable así quien fué siempre paladín de la bravura castellana, espejo de caballeros, galanteador sin rival ni derrota, ídolo de las mujeres. ¿No os fijáis, señor, en que vos y este humilde servidor, aunque me

esté mal el decirlo ante vos, revivimos todos los años en cuanto llega el 1.^o de Noviembre, y la gente entusiasmada nos aclama, es decir, aclama á su merced, que yo soy muy insignificante persona para ello?

—¡Nada, Ciuti, no me convences! Yo, el invencible, el arrogante, el héroe, según dice la turba despreciable, he sido ignominiosamente vencido á última hora.

—Pero D. Luis Mejía....

—¡Bah! ¡Pobre D. Luis! Mi muñeca es siempre la misma, de acero.

—¡Pues no creo que ni el capitán Centellas ni Avellaneda!....

—Dos espadas vulgares. No; mi rival no maneja arma alguna, Ciuti; no es de noble ni de limpia cuna; sin embargo, me vence.

—Pero ¿quién es entonces, señor?

—¡El cerdo! A la vez que yo, hace él su aparición; cuando yo amenazo el primer día á «los malditos que no me dejan concluir mi carta», él lanza sus primeros sabrosos trozos frescos en el puchero de los madrileños. Yo soy el valor, como tú dices, la temeridad, el desenfreno, lo que saca de



F. Albert

juicio á las mujeres..... ¡Pues ni por esas! Vienen á oirme, á verme, á llorar por mí, y á la semana y media, á lo sumo, se entierra en el archivo de los teatros el drama religioso; porque yo seré un tarambana, pero me han hecho protagonista de un drama religioso y todo, y nadie se vuelve á acordar de mí, en tanto que él goza día por día de su victoria tranquila y obscura, pero duradera.....

—¡Pero, señor!.....

—No me convences. Hay que rectificar la especie hasta aquí circulada. D. Juan murió á la puerta de su casa matado por el tocino.

—Pero ¿qué significa eso?

—¿El qué?

—¿Pues no ves esa hilera de mujeres arrodilladas á lo largo de la playa?

—Y ¿están todas llorando desconsoladamente vestidas de luto?

—Nunca he presenciado cosa igual, y soy ya vieja en estas latitudes.

—Aquí vienen dos gaviotas de las que anidan en las rocas del faro.

—¡Hola, compañeras! ¡Qué aire tan asustadizo tenéis! ¿Es que hay águila á la vista? ¿O habéis descubierto algún buque que recala al puerto? Pero ¡calla! son mujeres de luto y arrodilladas. Pues en los cantiles donde nosotras vivimos también había otra hilera igual.

—¡Y también cruzaban las manos con desesperación y se mesaban los cabellos!

—¿Queréis que recorramos la costa en algunas millas?

—Vamos allá.

—¡Mirad, mirad! ¡De todos los pueblecitos salen grupos de mujeres y se arrodillan al mismo borde del mar!

—Y las hay de todas edades, viejas y jóvenes, con la cabeza blanca y el pelo negro.....

—¡Oid, oid! ¿Qué día es hoy?

—Hoy, el 1.º de Noviembre. ¿No escucháis el doble de las parroquias que se trae el viento de tierra? En este instante todo el mundo reza en las aldeas de rodillas ante las cruces de los cementerios.

—¡Menos esos montones de mujeres que se han venido á orar junto al agua!

—¿Qué se trama, amigas?

—¡Una golondrina! Ésta quizás sepa la causa de esa misteriosa adoración.

—¡Amiga viajera! ¿Tú sabes por qué esas mujeres de luto se han venido á postrar junto las olas?

—¡Sí, lo sé! Como ya soy vieja invierno entre las vigas de la cocina, y ayer oí lo que todas esas infelices se proponían.

—Y ¿qué era ello?

—Pues como todo el mundo se arrodilla hoy ante la tumba de sus muertos, ellas han venido á hacerlo también ante la de los suyos.

—Pero ¿quiénes son esas mujeres?

—¡Las madres de los soldados que fueron arrojados al mar viniendo de Cuba!

ALFONSO PÉREZ NIEVA.

(Dibujos de Alberti.)



DE ACTUALIDAD



UNA BUÑOLERÍA.

¿Qué clase de relación habrá entre los fieles difuntos y los buñuelos? Por muy grande que sea la perspicacia del psicólogo que en estas hondas meditaciones se enfrasque, difícil es que llegue á averiguar el misterio de esta institución popular española de los buñuelos de viento, fruta de sartén que todos los años cae al mismo tiempo que las hojas de los árboles y de las coronas mortuorias, cuando éstas son sustituidas por otras frescas y lozanas recién salidas del almacén de trapos y caireles fúnebres.

Cierto que el buñuelo es una institución permanente é inalterable en este bendito país; pero ésta es la época de su exaltación y glorificación; y así como sería inoportuno, verbigracia, presentar un cuadro ó una fotografía de las Cortes ahora que están cerradas, razón oportunísima es la presente para ofrecer á los lectores el cuadro de una buñolería en actividad.

Allá, á las altas horas de la noche, cuando todo linaje de mortales duerme y la Osa mayor se revuelve hacia la mar o del Boyero, que decía el famoso lirico de Grecia, comienza el trabajo de la buñolería tal como se representa en nuestro fotografado. Acuden primero á ella las mujerucas que van repartiendo la mercancía por las calles, pregonándola con gritos quejumbrosos; después los trasnochadores, que toman el pisco-labis de pie y sin gana; por último, ya cerca del amanecer, los infelices madrugadores, para quienes el olor y el chirriar del aceite frito suplen al canto de la alondra que despertaba á los amantes de Verona.

(Fotog de Medina.)



MI CAMPANARIO

Recuerdo que los primeros años de mi vida los pasé en la misma casa en que había nacido, en la calle de X..., frente a la iglesia de San Juan, cuyo campanario se veía muy de cerca desde mi ventana, porque era bajo, y mi habitación distaba del suelo de la calle buen número de escalones.

Yo no tenía hermanos ni amigos de mi edad. salía poco a la calle, y aunque colmado de las amorosas caricias de mis padres, contraí pronto un carácter profundamente melancólico y soñador, que no sé si por mi mal he conservado toda la vida.

Las campanas de San Juan eran mis amigas íntimas. Por la mañana temprano me despertaban tocando a la primera misa, y cuando me levantaba, mi primer cuidado era salir a la ventana a contemplarlas.

Eran dos, cada una en su arco lleno de labores churriguerescas. El campanario se veía de perfil, por lo que yo no podía percibir más que el extremo de su borde y un poco de su oscura boca.

Mi gran alegría era cuando por las tardes, distraída mi atención de la Gramática latina, que nunca me gustó demasiado, veía empezar a moverse lentamente la más grande, luego la menor, empezando el anuncio del sermón ó de la novena. Me parecían así, vistas de perfil, las puntas de los zapatos de un payaso que jugueteaba. Después comenzaba el volteo alegre y atronador. La mayor empezaba sonando despacio y con solemnidad; la pequeña se aceleraba pronto; la otra seguía este impulso. Parecía que luchaban a cuál podía más. La grande cedía luego, mientras la menor, ya sin aliento apenas, marcaba un solo golpe en cada vuelta, como jadeante y sin fuerzas; otra vez la mayor vencía a su compañera, y aquel alegrísimo campaneó hacía volar asustadas las palomas hasta el tejado de mi casa y huir las golondrinas trazando amplias curvas en el espacio.

Aquellos toques tan animados é irregulares me producían una impresión especialísima: mi imaginación volaba con aquellos sonidos, y, como las golondrinas del campanario, creía ver desde muy alto la ciudad toda, el campo, las nubes, y sentía, por último, desvanecerse este ensueño con los últimos ecos apenas perceptibles que iban a perderse en la nieve de las vecinas montañas.

También conservo algunos recuerdos lúgubres de aquellos repiques.

Una noche, debía de ser muy tarde, las campanas tocaban furiosamente. Acurrucado en mi cama, me tapaba los oídos porque me daban miedo. Mis padres hablaban en el balcón muy bajito.

Después de muchas vacilaciones pudo en mí más la curiosidad que el temor; me levanté callandito, callandito, y, sin que me oyeran, asomé la cabeza, agazapado en el suelo del balcón, por entre las piernas de mi padre. ¡Sentía un miedo!.... Pero ¡qué curiosidad tan grande!

En la calle había muchos hombres con hachones encendidos, que hacían brillar los fusiles y bayonetas que llevaban; en el campanario se asomaban otros. Gritaban todos no sé qué de libertad. Se me ha quedado bien impreso. Mi padre me apartó de allí, cerraron el balcón, maderas y todo, y me metieron en la cama. Luego vi que mi madre encendía unas velas sobre la cómoda delante de la Virgen de la Soledad, y mientras ella rezaba, mi padre medía a grandes pasos la sala. Parecía enfadado.

Las campanas seguían tocando á rebato. A lo lejos se sentían tiros y gritos. Yo entonces creía ver la ciudad toda llena de soldados que se mataban y de casas que ardían.... Nunca he sentido tanto miedo. Aun no se me ha olvidado. Aquel repique furioso, sin orden, lleno de angustia, me helaba de espanto. Después de este día me daba temor mirar al campanario. Me parecía que sólo las palomas negras volaban hacia el tejado de mi casa cuando empezaba el volteo.

¡Cuánto tiempo ha pasado desde todo esto!

Después he maldecido á mis amigas muchas veces cuando me distraían del estudio. Luego he estado muchos años sin oirlas.... ¡Pobres campanas!

Derribaron la iglesia, mi casa cayó. Sólo recuerdo haberme vuelto á fijar otra vez en su sonido. Tocaban de un modo bronco y triste un día en que un fraile decía misa en el oratorio de mi madre. Allí estaba mi madre también; ¡pero muerta!....

No he vuelto á oír las campanas desde aquel día en que lloraron conmigo.

(Dibujo del mismo.)

VICENTE CUTANDA.

DE ACTUALIDAD

TEATRO ESLAVA



LA LECCIÓN DE MÚSICA.



COUPLETS.



RAFAEL ARCOS

LLAMADO EL

NUEVO FRÉGOLI



ARIA DE «EL BARBERO».

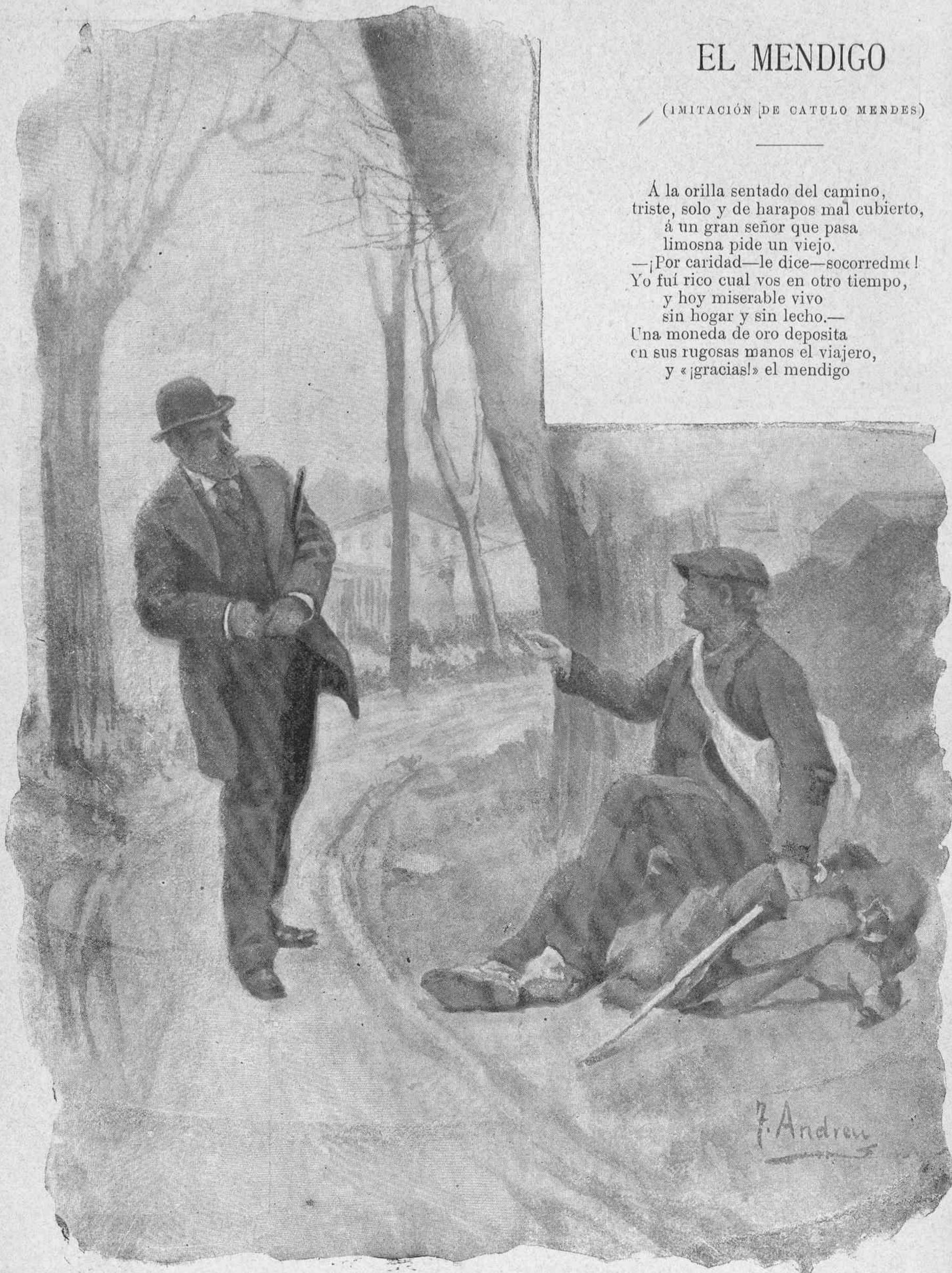


CHANZONETTE.

EL MENDIGO

(IMITACIÓN [DE CATULO MENDES])

Á la orilla sentado del camino,
triste, solo y de harapos mal cubierto,
á un gran señor que pasa
limosna pide un viejo.
—¡Por caridad—le dice—socorredme!
Yo fui rico cual vos en otro tiempo,
y hoy miserable vivo
sin hogar y sin lecho.—
Una moneda de oro deposita
en sus rugosas manos el viajero,
y «¡gracias!» el mendigo



F. Andrau

repite sonriendo.

—A la vista no más de esta moneda,
de mi fortuna y juventud me acuerdo;
mis ilusiones tornan,
aun en la dicha creo.

Precedido de bélicos clarines
y de laureles mil doblado al peso,
por el camino cruza
un paladín soberbio.

—¡Señor—grita el anciano,— una limosna!
También de la victoria gané el premio,
aunque olvidó la patria
mi generoso esfuerzo.—

Un ramo de laurel á sus pies deja
el vencedor, la hueste deteniendo,
mientras el pobre exclama
señalándole al cielo:

—¡Que os guarde siempre Dios! En estas hojas
mis triunfos y mi nombre escritos veo;
y al aspirar su esencia
aun con la gloria sueño.

Una preciosa joven aparece
del vecino castillo en el sendero,
seguida y requebrada
por gallardo mancebo.

Tristemente inclinando la cabeza,
—¡Que seas muy feliz!—murmura el viejo.—

Si amas y eres amada,
ya estás cerca de serlo.
¡Ay! Yo lo fuí también; bellas mujeres
reposaron cansadas en mi seno,
y de sus labios rojos
la copa me ofrecieron.—

Conmovida la niña, dice al joven:

—Si tú me lo permites, dulce dueño,
dar quisiera á este anciano
la limosna de un beso.

—Aunque él te lo permita, yo, señora,
del sacrificio relevarte debo—
interrumpió el mendigo
con doloroso acento.—

Un ramo de laurel, una moneda,
pueden las ilusiones devolvernos,
y de perdidos goces
evocar el recuerdo.

Mas besos ofrecidos de limosna,
en nevado erial chispas de fuego,
resucitar no pueden
los corazones yertos.

Pasad, alegres jóvenes, de largo,
y pasad muy de prisa y en silencio,
pues no hay para un difunto
martirio más horrendo

que sentir arrullarse dos palomas
sobre el ciprés oscuro y macilento,
¡inmóvil centinela
del triste cementerio!

MANUEL DEL PALACIO.

TIPOS MILITARES, POR MOTA



TEATRO ROMEA

MADRID CASTILLO FAMOSO

revista en un acto y varios cuadros de los Sres. Limendoux y Mateos, estrenada con gran éxito en la actual temporada.



CUADRO IV.—DIVERSIONES.

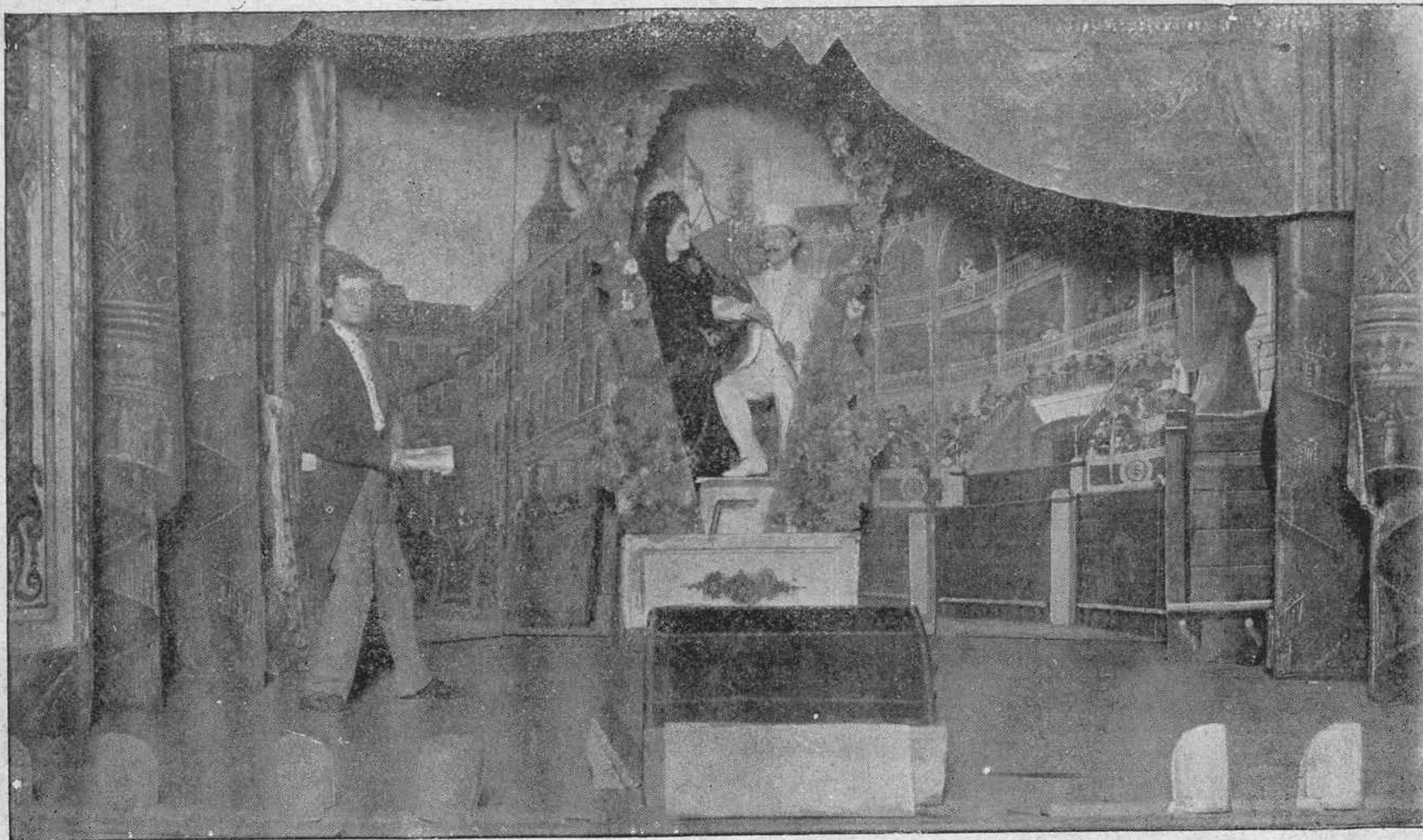
De seguro usted nos conocerá;

somos los couplets de más popularidad.



CUADRO III.—TODO MADRID.

Somos bomberos voluntarios de nuestra ilustre capital.



CUADRO V.—AYER Y HOY.

EL 2.º APUNTE.—¡Muy bien! ¡muy bien! Y aquí se ha concluido; ahora usted me dirá, que es quien lo entiende,

si después del ensayo que ha salido va mañana la obra ó se suspende.



CUADRO III.—TODO MADRID.

Soy la moda, que va poco á poco buscando en los trajes la transformación.



CUADRO I.—LA LEYENDA.

MENDA.—¡Usted se viene á Madrid conmigo!

(Fotografías de Compañy.)